

los Códigos del Estado de Veracruz, cuyos trabajos concluyeron en 21 de Mayo de 1881.

En 9 del siguiente Junio entró á servir el Juzgado de 1.<sup>a</sup> Instancia del Distrito de Huamantla, en el Estado de Tlaxcala, que desempeñó hasta el 30 de Octubre del mismo año, en que, electo Magistrado segundo del Tribunal Superior del mismo Estado, entró á ejercer sus funciones, que ha seguido desempeñando, hasta la fecha, por reelección.

En este importantísimo puesto ha demostrado claramente lo que vale como abogado, pues ha tenido en estudio varios asuntos de notoria importancia, que ha resuelto con imparcialidad, justicia y talento.

Como es natural, su comportamiento digno le ha hecho acreedor á toda clase de consideración y estimación de los particulares y del Gobierno legal del Estado de Tlaxcala, que está actualmente bajo la prudente y sabia dirección del Sr. Coronel Próspero Cahuántzi.

Sus méritos personales, su buena fe en el ejercicio de sus funciones, le hacen digno de que dediquemos estas páginas en honor suyo, las que terminamos, haciendo votos por su progreso.



SR. LIC. IGNACIO C. OCADIZ,  
MAGISTRADO DEL TRIBUNAL SUPERIOR DE JUSTICIA  
DEL ESTADO DE CHIHUAHUA.



IGNACIO C. OCADIZ



SR. LIC. IGNACIO C. OCADIZ  
MAGISTRADO DEL TRIBUNAL SUPERIOR DE JUSTICIA  
DEL ESTADO DE CHIHUAHUA

SR. LIC.

## IGNACIO C. OCADIZ

MAGISTRADO DEL TRIBUNAL SUPERIOR DE JUSTICIA  
DEL ESTADO DE CHIHUAHUA.

**U**N hombre, cuando al desaparecer de la tierra no ha dejado huella ninguna que señale su tránsito por el mundo; cuando sus hechos no lo han distinguido del resto de la humanidad, diferenciándolo de las medianías y vulgaridades; cuando un hombre, en fin, no ha sido un luchador incansable por la libertad y el progreso, escribir su vida sería ocioso y hasta ridículo.

Mas en cambio, ¡cuán llena de interés, de nobles ejemplos y de útiles enseñanzas, es la historia del que ha consagrado su vida entera á trabajar por las aspiraciones más nobles del democrático siglo XIX: la patria, la libertad y el progreso! Los que han presenciado los esfuerzos y sacrificios del que lucha por



la patria y la libertad, y los que ven su empeño por el progreso constante de la humanidad, leen con interés la relación de su vida, se recrean con ella, la aplauden y la presentan, como modelo digno de imitarse, á las generaciones que les suceden; y éstas ven en esas relaciones, acciones que imitar, patriotismo que aplaudir y lecciones que recordar.

En este caso se encuentra el Sr. Lic. Ignacio C. Ocadiz, de quien vamos á ocuparnos en estos apuntes biográficos y cuya vida toda ha estado consagrada por completo á la patria, á la libertad y al progreso de su país y de sus semejantes.

El Sr. Lic. Ignacio C. Ocadiz nació en la Capital de la República, siendo sus padres el Sr. Hilario Ocadiz Cubillas y la Sra. María de Jesus Ocadiz de Ocadiz. La infancia de nuestro biografiado se deslizó tranquila en la ciudad de México y en Tulancingo (Estado de Hidalgo), quedando en completa orfandad á los diez años de edad y tutoreado por un tío suyo.

Dedicado por vocación desde muy jóven á la carrera de las letras, aunque por algun tiempo manejó en sociedad una casa de comercio, en la Metrópoli mexicana hizo sus estudios preparatorios y en lo privado parte de los profesionales; teniendo entonces oportunidad de ponerse en contacto con algunos jóvenes colegiales que profesaban las ideas liberales que en esa época empezaban á germinar entre la juventud estudiosa.

Enemigo por naturaleza de toda tiranía, el jó-

ven Ocadiz dió fácil cabida en su corazón á las nuevas ideas; y de tal manera se posesionó de ellas y tanto se impresionó con los esfuerzos que hacia la reacción por impedir que se implantaran en nuestro país, que en su juvenil entusiasmo se creyó llamado por la patria á prestarle sus servicios, combatiendo con las armas en la mano á los enemigos de la causa liberal.

Dejándose guiar por sus patrióticos impulsos, abandonó sus estudios y se presentó al Presidente Comonfort, pidiéndole autorización para organizar á sus expensas una fuerza de caballería é ir á combatir á los reaccionarios. Tal entusiasmo manifestaba el jóven estudiante, era tan visible su deseo de defender los principios liberales, que el General Comonfort no solamente accedió á su solicitud, dándole por escrito la autorización que pedia, sino que además hizo que por la Secretaría de Hacienda se expidiesen las órdenes necesarias para que en cualquier lugar á donde llegase se le proporcionara cuanto pudiera necesitar. Por toda instrucción sobre el plan de campaña que debiera seguir, le ordenó el Presidente Comonfort que obrara en combinación con el General Morett, quien por esos dias se dirigia con las fuerzas de su mando á la ciudad de Puebla, donde se habian reconcentrado los jefes conservadores Haro y Tamariz, Osollo, Orihuela, y otros.

Sin hacer uso de la autorización que para pedir dinero se le habia dado, levantó el Sr. Ocadiz una fuerza de caballería en el hoy Estado de Hidalgo, y



con ella marchó á unirse al Sr. General Juan N. Méndez. Al lado de este distinguido jefe hizo nuestro biografiado sus primeras armas, encontrándose con él en el sitio de Zacatlán, tan brillantemente sostenido por el Sr. Méndez contra el reaccionario Cobos.

Después de ese memorable sitio, uniósese el señor Ocádiz con el célebre guerrillero Pueblita, en cuya compañía continuó haciendo la campaña hasta que, triunfante el partido liberal, pudo convocarse á elecciones de Diputados y reunirse el Congreso que nos legó el inmortal Código de 5 de Febrero de 1857.

Trocando entónces la espada por los libros, continuó el Sr. Ocádiz sus estudios de derecho. Encontrándose en Tepeaca, arreglando asuntos particulares, recibió noticia del golpe de Estado dado por Comonfort, y abandonando nuevamente sus estudios y sus negocios, se unió al Jefe político de ese lugar, Coronel Enrique Angón, que se dirigía á la campaña. Perseguidos de cerca por Cobos, que tenia fuerzas muy superiores á las suyas, los Sres. Angón y Ocádiz se retiraron á Tecamachalco y de allí al Estado de Veracruz, incorporándose en Orizaba á los Generales La Llave y Alatríste.

Pero como en aquellos días de vacilación y defecciones políticas, se tenia plena confianza en los caudillos del Estado de Guerrero, así fué que el fogoso jóven, que en cuerpo y alma se habia dedicado al partido de la libertad, en compañía del Sr. Angón solicitó y obtuvo permiso para dirigirse al Sur, con-

fiando en que el Sr. General Juan Alvarez utilizaria sus servicios en operaciones más activas.

No se equivocó el Sr. Ocádiz, pues apenas se reunió al Patriarca de la Reforma, este distinguido Jefe lo envió á la campaña con la División, al mando del Sr. General Diego Alvarez, dándole después el mando de una fuerza de caballería é infantería, y disponiendo que obrase en combinación con el Sr. General Vicente Jimenez que operaba por Iguala.

Con esa fuerza llegó el Sr. Ocádiz hasta cerca de Matamoros Izúcar, después de restablecer las autoridades liberales en Chautla y demás poblaciones del tránsito; pero como los reaccionarios se acercaban con fuerzas tan superiores que hubiera sido una temeridad esperarlos, al llegar cerca de la primera de las poblaciones que acabamos de citar, tuvo que retroceder, incorporándose de nuevo al Cuartel General.

Al salir á esa expedición, recibió el Sr. Ocádiz de mano del ilustre Jefe suriano el despacho de Teniente Coronel de milicia activa.

El Sr. General Alvarez, que apreciaba sinceramente al que, á pesar de su juventud, habia prestado ya tan buenos servicios al partido liberal, lo nombró en seguida Juez Militar de la División del Sur, cargo que desempeñó por algun tiempo, hasta que el Sr. Alvarez creyó utilizar mejor sus servicios confiándole la Jefatura política de Galeana. En ese puesto se condujo el Sr. Ocádiz con tanto acierto, que sus gobernados creyeron justo recompensar los impor-



tantes servicios que les había prestado, confiándole la honrosa cuanto difícil y peligrosa comisión de representarlos en el Congreso de 1863, que tenía que resolver sobre la suerte del país, invadido ya por los ejércitos de Napoleón III.

No se ocultaba al Sr. Ocádiz lo delicado de su comisión y la responsabilidad que sobre él pesaba como uno de los representantes del Estado de Guerrero, en ese memorable Congreso; pero su patriotismo, sus ideas liberales y republicanas y su profunda fe en el triunfo más ó ménos tardío de la República, no le permitieron titubear ni un solo momento y se dirigió á la Capital de la República, resuelto á cumplir con su deber y hacer cuanto estuviera á su alcance en favor de la Nación.

Incorporado al Congreso y aprobadas por él las resoluciones que todos conocemos, y en virtud de las cuales se concedió poder discrecional al benemérito Presidente de la República D. Benito Juárez, se presentó á éste el Sr. Ocádiz y le encareció la necesidad de que se separara del Ministerio de la Guerra el Sr. Lic. General Miguel Blanco, de cuyo patriotismo no podía dudarse, pero que indudablemente no era el hombre organizador, el genio militar que más convenia á los intereses de la patria en esas aflictivas circunstancias.

Nada resolvió el Sr. Juárez; y como el Sr. Ocádiz notara en él cierta inclinación á no separar al Sr. Blanco de la Secretaría que le había confiado, ocurrió á este caballero y apeló á su patriotismo pa-

ra que renunciara su puesto, hablándole con tal franqueza, que sólo lo crítico de las circunstancias y el espíritu que animaba al Diputado por Guerrero, podía justificarla. El Sr. Blanco se negó á acceder á las indicaciones del Sr. Ocádiz, alegando que su honor militar, su dignidad y aun su patriotismo, le impedían hacer lo que se le pedía. En honor suyo debemos hacer constar que, no obstante la ruda franqueza que con él usó el Sr. Ocádiz y de que debido á éste, en parte cuando ménos, salió poco despues del Ministerio, supo hacer justicia á las rectas intenciones de nuestro biografiado y no le conservó rencor alguno, siendo en lo sucesivo uno de sus mejores amigos.

Viendo el Sr. Ocádiz que sus gestiones acerca del General Blanco habían sido infructuosas, volvió á insistir con el Presidente sobre la necesidad de separar al Ministro de la Guerra, y de tales razonamientos hizo uso, que aunque nada resolvió desde luego el Sr. Juárez, no pasaron muchos días sin que comisionara al Sr. Lic. Félix Romero para que preguntara al Sr. Ocádiz "si ya se había fijado en la persona que debiera sustituir en la Secretaría de Guerra al Sr. General Blanco." Naturalmente el Sr. Ocádiz rehusó hacer indicación alguna, ateniéndose al recto criterio del Presidente. En el Congreso se encontraban los distinguidos Generales Felipe B. Berriozábal y Porfirio Díaz, que habían prestado ya importantísimos servicios á la patria y que se habían cubierto de gloria en los muros de Puebla; y en el



primero de estos Jefes se fijó el Sr. Juárez para confiarle la cartera que dejaba el Sr. Blanco.

No satisfecho nuestro biografiado con lo que había hecho en pró de la defensa nacional, no cesaba un momento de excitar á sus compañeros en el Congreso, á que al volver á sus hogares hicieran todos los esfuerzos posibles por levantar las poblaciones en contra del invasor francés y de sus aliados los reaccionarios; y al firmarse la enérgica protesta hecha por el Congreso contra la Intervención, pronunció estas palabras que sintetizan sus ideas:

“La plaza de Puebla, en que estaban reunidos los mejores elementos de guerra para impedir los avances de los invasores, se ha perdido; éstos se acercan á la Capital de México, que desgraciadamente no puede sostenerse, á pesar de los esfuerzos que el Gobierno y sus esclarecidos Jefes militares han puesto por obra. En estas circunstancias, la Nación necesita, más que del Cuerpo Legislativo, de hombres armados para su defensa. Este es, por ahora, nuestro deber, que por mi parte cumpliré, con la plena seguridad de que el Sr. Presidente Juárez será constante en sostener la autonomía nacional y nuestras instituciones.”

Disuelto el Congreso, dirigióse el Sr. Ocádiz al Estado de Guerrero, donde tenía algunas propiedades y donde permaneció hasta que, habiendo sido convocado el Congreso de la Unión para que se reuniera en San Luis Potosí, marchó para esa ciudad.

afrontando las molestias y peligros que ofrecía en esa época un viaje tan largo.

Al pasar por Colima, el Gobernador de ese Estado lo puso en contacto con un compadre del famoso Coronel Antonio Rojas, á fin de que hiciera el viaje en su compañía y se salvara así de los muchos peligros que ofrecía el viaje por aquellos caminos infestados de bandidos que cometían sus depredaciones filiándose en cualesquiera de los partidos beligerantes.

En el pueblo de Zacoalco su acompañante presentó al Sr. Ocádiz con Rojas, quien al saber que era Diputado y que se dirigía al Congreso, le suplicó que hiciera presente al Sr. Juárez su propósito de regenerarse, y que obtuviera de él permiso para exportar \$40,000 para pagar algunas armas que había comprado en el extranjero; pero sobre todo se empeñó Rojas en que fuera separado del Gobierno de Jalisco el Sr. General Arteaga, quien, según él, no era el hombre que más convenía en aquellas circunstancias. Como justificante de sus recomendaciones entregó Rojas al Sr. Ocádiz un pliego en blanco firmado por él, suplicándole que lo llevara como más conveniente lo creyera; y á pesar de cuantas observaciones le hizo nuestro biografiado, insistió en que llevara el pliego en blanco, lo que al fin fué preciso hacer.

Cumplió el Sr. Ocádiz con los encargos de Rojas; y al entregar al Sr. Juárez el pliego escrito por él y firmado por Rojas, exclamó el Presidente: “Si Rojas cumple lo que me ofrece por conducto de Ud.,